

EL FÍGARO

ECOS

LA VIUDA DE PARISH

Ha muerto aquella viejecita que nos era familiar desde nuestra infancia; aquella viejecita que custodiaba la puerta del circo de Parish; aquella viejecita, con su capota demodada, que revisaba cada uno de los billetes a la entrada y después los lanzaba en una especie de hucha gigantesca.

Era ella como el hada madrina de nuestros ensueños de niño, porque era la que nos abría paso a la maravilla del circo.

¡Quién no ha amado el circo cuando chico y quién no sigue amándolo después en una remembranza de poéticas nostalgias!

Porque en el circo reside una de las más indudables manifestaciones del arte.

No es preciso recordar «Los hermanos Zenganno», de Goncourt. Hay aún más que eso y más grato y más interesante todavía. Porque si el circo, si los prestigios del circo no se han incluido dentro de las bellas artes, eso significa una omisión, que algún día será reparada.

Nosotros hemos leído en lejana ocasión un libro de Hugues Le Roux titulado «Les jeux du cirque» y hemos aprendido en ese libro muchedumbre de cosas que nos llenaron de placer.

Desfilan por la obra de Le Roux todos los insignes artistas circenses: funámbulos, acróbatas, clowns, equilibristas y domadores.

Uno de los mejores capítulos del volumen es el dedicado a los Hanlon Lee.

Nos cuenta Hugues Le Roux todos los accidentes de la vida de los *enfants de la salle* y nos relata sus avatares y sus metamorfosis.

Siempre que hemos ido a Parish hemos sentido una añoranza de los tiempos que Hugues Le Roux describe.

Y en Parish hemos admirado a esos payasos inimitables que se llamaban los hermanos Weldemann; Gobert Belling, prodigioso sugestionador de la hilaridad...

Y aquella «troupe» argentina que representó el «Juan Moreira» y que casi tuvo que regresar «a pié» a las márgenes del Plata.

Después, la decadencia del arte del circo; después, la guerra europea, con la que William Parish se disculpaba en su gracioso besalamano de las deficiencias de los programas...

Luego, la muerte de Parish. Ahora, la muerte de su mujer, la viejecita que nos esperaba cuando éramos niños y que recogía el billete de entrada, que equivalía a un «sésamo, ábrete», y lo sumergía en el insondable y misterioso buzón.

Pero nos queda el «señor Leonard».

EJEMPLO A IMITAR

En una calle céntrica de este Madrid de mis pecados habitaba desde hace algún tiempo una bella mujer de estas que las burguesitas llaman con pavor *cocottes*, remarcando mucho la *o final*, y que tienen tan pintorescos nombres en la nomenclatura erótica: *surripantas*, horizontales, mujeres alegres, evaporadas, betafras, etc...

Y ayer, la vecindad, ingenua y chismorrera, advirtió con sorpresa cómo los muebles de la gentil dama, loca de su cuerpo, eran sacados a la calle, como en los casos de desahucio por vía de apremio, proveniente de la morosidad en los pagos.

La dama era loca de su cuerpo; relativamente loca nada más, porque se entregaba indistintamente a dos sujetos; si pródigo y generoso el uno, no menos pródigo y generoso el otro. Entre ambos le habían instalado en un suntuoso y coquetón pisito. El clásico ofrecimiento «Te voy a poner un piso» lo habían pronunciado ambos con distintas inflexiones de voz, pero con idéntica efectividad monetaria. Si el uno había contribuido a los gastos del comedor, el otro había instalado el gabinete, y si a uno le había sacado dinero para los muebles de la alcoba, el otro había sufragado los gastos de instalación del cuarto de baño.

Era la perfecta *entente cordiale*, la armonía de dos almas en un solo cuerpo, la unidad en la variedad, el ideal de la belleza para los estéticos. Y era también algo del *menage a trois* que tanto han exaltado ciertas novelas francesas, ya pasadas de moda—oh, sí, *demodées* aun en la *avant-guerre*!—, aunque sin la morosa complacencia que supone el consentimiento de

una de las partes. Aquí ambas partes estaban en la ignorancia más cerrada de la función social del otro; no sabían qué misteriosos enlaces coordinábanse entre ellos; ignoraban hasta qué punto estaban ligados en una mancomunidad íntima y pecaminosa...

He meditado bien el caso, y realmente me parece un ejemplo a imitar por estos apasionados amantes españoles. Por qué no adoptar esta simpática actitud ante la infidelidad de una de estas damiselas livianas en vez de tomar gestos y posturas calderonianas?... Retirarle los alimentos y ponerle los muebles en la calle donde habite, al ludibrio y escarnio de la vecindad. La copla aragonesa presintió va esta actitud filosófica cuando cantó:

La mujer que sale mala,
ni reñirle ni pegarle;
envolverle la ropica
y mandarla con su madre.

POR ESPAÑA SOLO

Un gran admirador de Julián Juderías, el autor de «La leyenda negra», al saber la muerte del joven historiador y conocer la situación en que ha dejado a la familia, ha puesto a disposición de la misma 3.270 pesetas.

El generoso donante, D. Juan C. Cebrián, español residente en San Francisco de California, ha realizado esa obra en un rasgo de ingenuo y ferviente españolismo, porque ha creído contribuir así al estímulo que tanto español necesita para dignificar a la patria.

«La leyenda negra» no ha sido la mejor obra del malogrado escritor; pero sobre todos los apasionamientos que quiere provocar en determinados sentidos, uno solo, el más interesante, es el que le ha otorgado este premio: el de que se revise nuestra conducta en el mundo y se nos haga justicia.

Y así, lo que no han podido hacer por aquel buen amigo en vida los que gustaban de su reacción culta y tolerante a ratos, ha hecho ese admirador, antes que nada español fuera de España y español contra los admiradores de partidó.

EL MUSEO Y LA PLEBE

El Museo está, de moda por unos días, quizá por unas horas; vuelven a él la vista las multitudes y lo llevan y lo traen los periódicos para que la gente, acuciosa de curiosidad, piense en él.

Es muy posible que el saqueo haya sido beneficioso en este sentido; aprovechando la actualidad, hay algo que a todos nos

interesa, de qué hablar queremos, y es la clausura real y efectiva del Museo para el pueblo.

Sólo dos días a la semana es pública la entrada; los demás días sólo se tiene acceso en él mediante pago.

No recordamos, ni queremos averiguar, a quién se le ocurrió esta idea peregrina; si sabemos que se invocaron precedentes, que tampoco nos importan, de lo que se hace en Museos extranjeros.

También sabemos que el Museo Arqueológico Nacional no obedeció, e hizo bien, la orden de exigir cuota de entrada, y siguió en cuatro quicios abierto al público.

Ahora que será preciso reformar todo lo referente al régimen interior del Museo del Prado, es ocasión de deshacer tal arbitrariedad.

La ley española dictará la instrucción obligatoria y gratuita, y la instrucción no son sólo las nociones elementales de la escuela; la instrucción más fecunda es la que orienta a la verdad y se reviste de belleza.

El Museo no puede seguir exigiendo cuotas al público y sólo dejándolo libre para el pueblo trabajador unas horas del domingo.

Es cierto que hay permisos para clases y conferenciantes; pero ello no basta. Hay que acercarlo a todos, llamar la gente y no ponerle trabas inútiles; no guardar celosamente para el pobre lo que no supieron custodiar.

Es terriblemente molesta esa correa improductiva y esa traba inútil. Abierto, muy abierto, porque no pueden ser los Museos, instituciones destinadas a producir ingresos; hay otros medios para producirlos. ¿Cuál? Publicaciones, informes, referencias, permiso para reproducciones. Que inventen modos; todo menos que se les ocurra echar la llave al que no tiene.

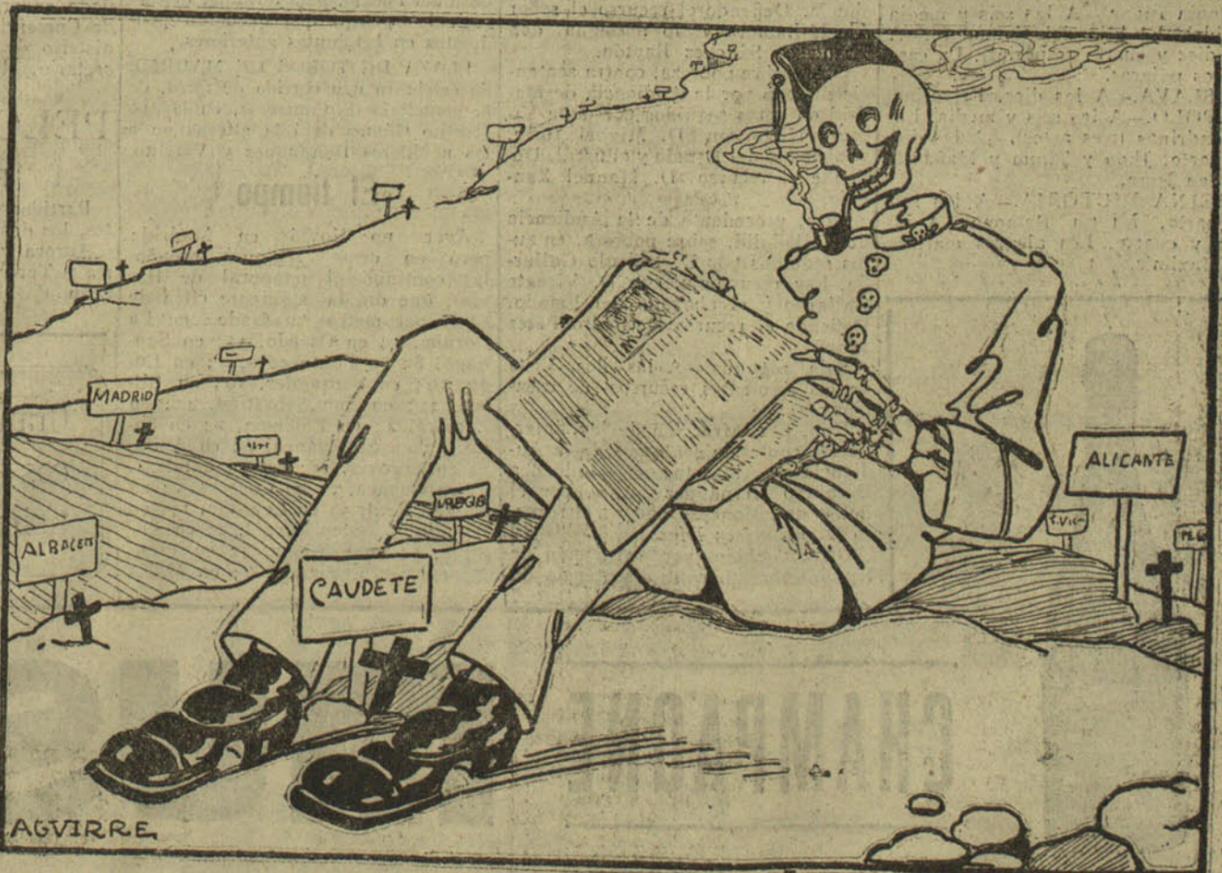
Díjan que el Museo no le importa mucho al pueblo; que lo popularicen, que vayan diciendo lo que es en públicas conferencias; e irrumpirá la gente y entonces hasta pagará; pero mientras no haya un grado superior de cultura es mentira lo de que el buen paño en el arca se vende, y son intolerables los permisos para panaguados y la valía de peseta con que lo certican para el pueblo.

LAS MÁXIMAS DE «DON JUAN»

Todos nos hemos enamorado estúpidamente de una compañera de viaje que quedó en una estación cualquiera de nuestro camino y a la que sabíamos no volveríamos a ver.

Al pronunciar las *zedas* la lengua instintivamente se apoya en los dientes de arriba y hace su aparición en el mundo exterior. Por eso siempre que se tropiece con una muchacha bonita deberemos suplicarle humildemente que nos deletree la palabra Zaragoza.

ÚLTIMA HORA



Sigue presentándose con carácter benigno. Faltan cementerios.